

# Baltasar Gracián, el hombre

**L**a celebración del cuarto centenario del nacimiento de Gracián es una buena ocasión para revisar determinadas interpretaciones sobre su vida y obra. Con un estilo literario no siempre fácil de leer y unos contenidos que abarcan temas políticos y culturales, sus obras han superado ampliamente el paso del tiempo y son hoy para muchos un lugar de referencia. Frente a los que querían ver en sus escritos el enfrentamiento psicológico entre el hombre y el religioso, se van imponiendo interpretaciones más contextualizadoras que resaltan las raíces aragonesas, españolas y jesuíticas de este hombre que supo dar a su obra un carácter universal.

Jorge M. Ayala Martínez\*

**S**IGUE siendo verdad que Baltasar Gracián es un autor más citado que leído. Así se ha podido comprobar a lo largo de este año en que se ha conmemorado el IV Centenario de su nacimiento

\* Profesor de Filosofía en la Universidad de Zaragoza.

(Belmonte de Gracián, 8 enero de 1601, Tarazona, 6 de diciembre de 1658). Sin embargo, esta situación se va corrigiendo, aunque lentamente. El *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647) es la obra más reeditada y traducida en estos últimos años. La *Agudeza y arte de ingenio* (1648), única obra de Gracián que todavía no había sido traducida a otros idiomas, puede leerse ya íntegramente en italiano, francés y rumano. Del resto de sus obras *El Criticón* se lleva la palma en cuanto al número de reediciones. Al término de la celebración de este IV Centenario se puede afirmar que Baltasar Gracián es un poco más leído que antes, y su pensamiento moral y político algo mejor conocido.

La lectura de las obras de Gracián no es fácil para quien no posea cierto nivel de preparación cultural. Gracián busca expresamente la dificultad, pero no por afición a lo críptico, sino porque quiere desarrollar en el lector la capacidad de recordar, de interpretar y de reflexionar. En la Aprobación de *El Discreto* (1646) escribe don Vincencio Juan de Lastanosa: «Así, pues, que no escribe para todos, y por eso es de modo que la arcanidad del estilo aumente veneración a la sublimidad de la materia, haciendo más veneradas las cosas el misterioso modo de decirlas». Manuel Salinas concluye que «el estilo es lacónico, y tan divinizado, que a fuer de lo más sacro, tiene hasta en la puntuación misterios».

Gracián tiene la particularidad de que, si logra ganar al lector, lo habrá ganado para siempre, convirtiéndose en uno de sus autores preferidos; pero puede suceder lo contrario, que al lector le parezca monótono en cuanto al estilo y monocorde en cuanto a las ideas, y no vuelva a leerlo más. En el primer grupo están Thomasius, La Bruyère, La Rochefoucauld, Schopenhauer, Nietzsche, Azorín y otros muchos que, como Borges, Ortega y Gasset y Humberto Eco, lo reflejan en sus escritos pero sin citarlo.

Gracián escribió siete obras, y fueron publicadas por este orden: *El Héroe* (Huesca, 1637), *El Político* (Zaragoza, 1640), *Arte de ingenio, tratado de la agudeza* (Madrid, 1642), *El Discreto* (Huesca, 1646), *Oráculo manual y arte de ingenio* (Huesca, 1647), *Agudeza y arte de ingenio* (Huesca, 1648), *El Criticón I* (Zaragoza, 1651), *El Criticón II* (Huesca, 1653), *El comulgatorio* (Zaragoza, 1655), *El Criticón III* (Madrid, 1657). Todas, menos *El Criticón* y *Agudeza y arte de ingenio*, son obras breves, tanto por el número de páginas como por el tamaño. Su equivalente actual sería el libro de bolsillo. El contenido de las primeras obras está expuesto en pensamientos sueltos, para que el lector pueda dosificar la lectura según le plazca. La finalidad de los mismos es didáctico-moral: enseñar a vivir como personas en el mundo.

## Imagen distorsionada de Gracián

MUCHO se ha escrito sobre las motivaciones que llevaron a este jesuita aragonés a escribir libros que, aparentemente no guardaban relación con su estado religioso. Evidentemente estos libros, excepto *El Comulgatorio*, no son teológicos, pero sí están imbuidos de religiosidad, no siempre explícita. Entre los jesuitas eran numerosos los escritores que publicaban libros sobre materias «profanas», como astronomía, matemáticas, preceptiva literaria, geografía, política, pedagogía, etc. Recordemos, por ejemplo, la gran repercusión que tuvieron en toda Europa las teorías político-morales de los padres Francisco Suárez (1548-1617) y Juan de Mariana (1536-1623). En este sentido, Gracián no desentonaba de los demás escritores en cuanto a los temas tratados, aunque sí pudo llamar la atención a algunos compañeros suyos de Orden la exposición literaria de los mismos, que ellos interpretaban en términos de frivolidad.

Igualmente, hoy se tiende a quitar importancia al hecho de que publicara sus libros con el nombre de otra persona (Lorenzo Gracián, García de Marlones), pues todos conocían al verdadero autor de los mismos; o que los publicase sin permiso de los superiores. También en este punto era muy grande el margen de permisividad que existía entre los jesuitas, debido a las dificultades existentes para mantener fluida la comunicación epistolar con el Superior General, que residía en Roma. Así pues, el dramatismo que algunos biógrafos de Gracián han dado a este aspecto de su vida, carece de fundamento histórico.

La Compañía de Jesús era una Orden moderna, fundada en plena época del humanismo renacentista (1534) y abierta a las preocupaciones intelectuales y sociales de aquel siglo. Desde este punto de vista Gracián era un fiel intérprete del espíritu de san Ignacio de Loyola, que pedía a sus miembros flexibilidad para saber acomodarse a las exigencias de los tiempos y responder a sus necesidades. Gracián escribe para el hombre de su tiempo, que vive y lucha en una sociedad difícil, y le ofrece el saber más valioso: conocerse a sí mismo, punto de partida para cualquier otro conocimiento de tipo moral y político. «Más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos, que por todo un pueblo en los pasados», escribe en el aforismo primero del *Oráculo manual y arte de prudencia*.

Llama la atención la perfección y la madurez de todas sus obras, lo que denota que en él prevaleció siempre la voluntad (el esfuerzo) y el deseo de perfección (el estilo). En su primera obra, *El Héroe*, presenta ya los conceptos

básicos que conforman su pensamiento filosófico y moral: naturaleza y arte, genio, ingenio y gusto, agudeza, prudencia y discreción. En Gracián la unidad de estilo es inseparable de la unidad de pensamiento. El hecho de que su obra presente varias vertientes: la táctica, la moral, la religiosa y la literaria, no significa que carezca de vertebración interna y de un proyecto moral bien definido.

Importa subrayar este punto para terminar de una vez con ese tópico tan arraigado que ha hecho de Gracián un pensador trágico, escindido en dos personalidades irreconciliables: el jesuita y el hombre mundano, el cristiano y el maquiavélico, un hombre que se vio en la necesidad de simular lo que no sentía, porque carecía de auténtica vocación religiosa. Esta imagen de Gracián está en contradicción con lo que sabemos de su vida y, sobre todo, con su obra. El *Oráculo manual y arte de prudencia*, la obra de donde sacan aforismos para enfrentar a Gracián consigo mismo, tiene su propia interpretación, y no puede ser descontextualizada a gusto de cada lector.

### Gracián y la política

LA ciudad de Huesca aparece en la vida de Gracián como la circunstancia sin la cual no se hubiera dado el Gracián escritor que todos admiramos. Su destino a la capital altoaragonesa no fue algo casual, sino un acto consciente de sus superiores. El colegio jesuítico de esa ciudad, en el que se educaban los hijos de las familias pudientes, necesitaba una persona intelectualmente prestigiosa, y esas cualidades las reunía el joven Gracián. A partir de ese momento se observa un giro en la vida de Gracián. Aquí encontró el ambiente culto y selecto que a él tanto le atraía. Sobre todo encontró un pequeño grupo de amigos con los que dialogar y compartir proyectos. Gracián se deshace en elogios a su mecenas y amigo don Vincencio Juan de Lastanosa, en cuyo palacio-museo pasó largas horas.

A los pocos meses publica la primera obra, *El Héroe* (1637), dedicada al rey Felipe IV. El señor Lastanosa le abrió el camino para que ésta y otras obras suyas llegasen hasta la presencia del rey y de su hijo el príncipe Baltasar Carlos. Así lo declara Lastanosa en la dedicatoria de *El Discreto*: «Émulo del Héroe, más que hermano, en el intento y en la dicha; que si aquel se admiró en la mayor esfera del selecto Museo Real, éste aspira al sumo grado del juicio de Vuestra Alteza». En la dedicatoria del *Arte de ingenio, tratado de la agudeza*, comenta nuevamente «que ya el rey nuestro señor manuscrita honró tanto, que la mandó copiar y reponer en una de sus discretamente preciosos

escritorios». Gracián escribe a Lastanosa desde Madrid (19 mayo de 1640) contándole su satisfacción porque había visto en una estantería del Alcázar real *El Héroe*, «libro que allí era leído y tenía acogimiento».

Los títulos de las dos primeras obras, *El Héroe* y *El Político don Fernando de Aragón*, encierran un claro trasfondo político, lo cual ha hecho pensar que Gracián pretendió hacerse un hueco en la corte real, empujado, en parte, por su amigo y todopoderoso Lastanosa. De hecho, la dedicatoria al rey parece algo zalamera: «Si mereciese ser el menino [pajecito] de los libros en el museo real, presumirá eternidad a sombra de la inmortalidad de un monarca...». Tal vez sea más acorde con el carácter de Gracián pensar que, lo que él buscó, fue influir en la Corte con sus libros, a la vista de la calamitosa política que estaba llevando la Casa de Austria en España. La prueba la tenemos en *El Político*, el más hermoso panegírico que se ha escrito sobre el rey don Fernando de Aragón. Lo presenta como espejo de buen gobernante: «Opongo un rey a todos los pasados, propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico, aquel grande maestro del arte de reinar, oráculo mayor de la razón de Estado». En el momento en que España estaba a punto de desintegrarse por la incapacidad de sus reyes, escribe esta frase incisiva: «Fernando el Católico ganaba un reino por año». Sobre los validos, auténtico cáncer de la política real, comenta: «Algunos atribuyen a suerte de un rey el tener buenos ministros; pero más es, o prudencia en saberlos escoger, o ciencia en saberlos hacer». Las alusiones no podían ser más claras.

A partir de su primera visita a Madrid acompañando al virrey de Aragón, duque de Nocera, como confesor suyo, desaparece su visión idealizada de la Monarquía española. De Madrid sólo le interesan los museos reales y los grandes artistas, pero no la Corte, de la cual escribe con amargura: «Tirábala después la coronada Madrid, centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones. Aquel nunca haber podido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas» (*Criticón*, I, 10).

Los acontecimientos políticos repercutían con fuerza en el corazón de Gracián, por su condición de aragonés y de español. Sentía con igual fuerza lo uno y lo otro. Para él, España era obra de un aragonés, el rey don Fernando, y eso creaba en los aragoneses una especie de obligación moral. De los elogios que dedica a su querido Aragón, destaco estos dos: «Comparando las naciones de España a las edades, los aragoneses eran los varones» (*Criticón*, I, 13). «Aragón, que los extranjeros llaman la buena España» (*Ibid.* II, 1).

Aragoneses eran también los catalanes, pero con sus particularidades. Por eso le dolió tanto que, aun teniendo motivo para ello debido a la infeliz política del Conde- Duque de Olivares, se divorciaran de España para entregarse a los «rufianes de Francia» (*Criticón*, II, 2). Durante la guerra de Cataluña Zaragoza fue convertida en retaguardia de las tropas reales. La estancia de Gracián en la capital del Ebro coincidió con la llegada del rey Felipe IV. La población, muy inquieta por lo que sucedía en Cataluña, se apaciguó, pero no así Gracián, que escribió casi con sarcasmo: «No hay sino misas y oraciones, que con eso se nos va todo» (carta de 1642). Unos años más tarde, los superiores lo nombraron capellán del ejército que debía acudir en auxilio de la ciudad de Lérida al mando del Marqués de Leganés. En la noche terrible en que se produjo el choque frontal con las tropas francesas, Gracián animó a las suyas desde la misma línea de fuego. Satisfecho por la victoria alcanzada, escribió algunos días después a un amigo suyo jesuita, residente en Madrid: «Confieso... que yo tuve alguna parte; de modo que ahora todos me llaman Padre de la victoria... En mi vida he trabajado tanto» (carta de 1646).

### El escritor y el pensador

EN el espacio de pocos años (1639-1647) Gracián vivió acontecimientos que dejaron huella en su espíritu. A partir de entonces se vuelve más caviloso y dedica su ingenio a la creación de obras de carácter didáctico. Una de ellas es *El Discreto*, que describe como un «arte de entendidos». Propone un paradigma de Hombre para aquel siglo. Al Héroe medieval y al Cortesano renacentista sigue ahora el Hombre Discreto, cuyas excelencias son esencialmente intelectuales, estéticas y morales. Este Hombre se forma para vivir en el mundo social, siendo ahí donde debe desplegar todo su poder intelectual. «Genio e ingenio. Estos dos son los ejes del lucimiento discreto», pues «toda ventaja en el entender lo es en el ser» (D I).

Esta breve obra encierra toda una filosofía de la cultura: nace el hombre bruto y se va perfeccionando hasta convertirse en persona. «Comienza la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte» (D II). Idea clave de esta obra: la naturaleza nos da el ser, pero el hombre se hace a sí mismo persona; por eso es un ser esencialmente cultural. La cultura es nuestra segunda naturaleza, la cual, a diferencia de la naturaleza biológica, es ilimitada en su crecimiento. Ser persona no es un tope, sino un ideal moral que cada uno va realizando con mayor o menor perfección.

La personalidad se manifiesta en un equilibrio de perfecciones sostenido por la prudencia. De la importancia que Gracián concede a la educación y al buen gusto, sirvan de muestra estos realces: «Hasta la santidad ha de ser aliñada, que edifica el doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad... No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida» (D XVIII).

Si *El Discreto* se dirige fundamentalmente al entendimiento —«Tanto es uno cuanto sabe, y el sabio todo lo puede»—, el *Oráculo manual* se dirige al comportamiento; por eso lo presenta como «aciertos del vivir», algo muy práctico. «*Tener un punto de negociante*. No todo sea especulación, haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque, aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. Procure pues el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aun reído. ¿De qué sirve el saber si no es práctico? Y el saber vivir es hoy el verdadero saber» (aforismo 232).

La obra está dividido en 300 aforismos, seguido cada uno de ellos de una breve explicación que, en ocasiones, encierra uno o más aforismos. El estilo es conciso y sustancial, como corresponde a su visión de la realidad reducida a verdades esenciales. Aforismo 130: «*Hacer y hacer parecer*. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar es valer dos veces: lo que no se ve es como si no fuera». Aforismo 181: «*Sin mentir, no decir todas las verdades*. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar. No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro».

El *Oráculo manual y arte de prudencia* no es un tratado de moral cristiana —la cual se funda en la caridad—, sino un arte o conjunto de reglas tácticas, experimentadas y válidas para vivir en el mundo como persona. Así lo expresa en el aforismo primero: «*Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor*». Por tanto, estos aforismos tienen sentido moral, a pesar de su apariencia pragmatista. Con ellos busca Gracián proporcionar al lector un conocimiento agudo de la psicología humana y del comportamiento de los hombres en sociedad, al mismo tiempo que le advierte sobre el cuidado con el que hay que conducirse en la vida. «*Cifrar la voluntad*. Son las pasiones las portillos del ánimo. El más práctico saber consiste en disimular; lleva riesgo de perder el que juega a juego descubierto» (aforismo 98).

Algunos aforismos pueden parecer dudosos desde el punto de vista moral, como el 144: «*Entrar con la ajena para salir con la suya*. Es estrategia del conseguir; aun en las materias del cielo encargan esta santa astucia

los cristianos maestros. Es un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad para coger una voluntad». Aforismo 220: «*Cuando no pueda uno vestirse la piel de león, vístase la de la vulpeja*. El que sale con su intento nunca pierde reputación. A falta de fuerza, destreza; por un camino o por otro, o por el real del valor o por el atajo del artificio». Sin embargo, es fácil encontrar otros aforismos que lo matizan, como el 16: «*Saber con recta intención*. Aseguran fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fue siempre el buen entendimiento casado con una mala voluntad».

No se ha de ver en esto una contradicción, sino una muestra de que la realidad tiene dos o más caras, y la persona prudente debe conocerlas todas para hacerse cargo de la realidad que le toca vivir. «Es el ingenio anfibio, está siempre a las dos vertientes», escribe en *Agudeza y arte de ingenio* (LIX).

El subtítulo *arte de prudencia* es una ingeniosidad conceptual, puesto que la prudencia es un juicio práctico tan personal, que no admite reglas generales. A pesar de ello el ingenioso Gracián ha conseguido crear un elenco de auténticas reglas prudenciales, pues toda persona debe tenerlas en cuenta si quiere acertar en el trato con los demás. Si en el plano literario esta obra representa una cima universal en cuanto a condensación verbal y conceptual, en lo psicológico llega a profundidades y a matices insospechados. Por eso está teniendo actualmente tanta aceptación por parte de los líderes de la comunicación y de la psicología social.

La *Agudeza y arte de ingenio* (1648) —que es una ampliación de *Arte de ingenio, tratado de la agudeza* (1642)—, es uno de los trabajos que más cuidadosamente redactó. Es su obra teórica por excelencia, y tiene carácter programático, pues además de enseñar en qué consiste la agudeza y cuáles son los mecanismos del ingenio para producirla, es un tratado de los estilos: de pensar, de hablar, de escribir y de actuar. Por otra parte, sus reflexiones sobre los autores reseñados, y el buen gusto mostrado en la selección de obras y de autores, convierten a este tratado en una de las primeras historias críticas de la literatura española.

Esta obra no tuvo el éxito de las anteriores. Cuando fue publicada, el gusto barroco entraba ya en su recta final, y pronto sería sustituido por el gusto clasicista de la Ilustración. Sin embargo, Gracián estaba seguro de que se cumpliría en él lo que había pronosticado de otros escritores en el aforismo 20 del *Oráculo manual*: «Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque le tuvieron, no acertaron a lograrle. Pero tiene una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán». La *Agudeza y arte de ingenio* es hoy una de sus obras más estudiadas.



## Un momento difícil en la vida de Gracián

LOS últimos años de su vida los pasó Gracián en Zaragoza enseñando Sagrada Escritura a los estudiantes jesuitas. Compaginó este trabajo con la redacción de las tres partes de *El Criticón*. Fueron años de soledad: ha roto la amistad con sus grandes amigos de Huesca; algunos compañeros de comunidad no pueden encajar que enseñe Sagrada Escritura un escritor tan profano, y en Valencia se fragua una tormenta antigraciana que trasciende lo meramente literario.

¿Qué pudo suceder a este hombre para haberse hecho merecedor de un castigo disciplinario consistente en la reclusión temporal en un pequeño colegio de la provincia de Huesca? Hacía tiempo que los superiores habían detectado un cambio en su modo de ser, pasando de colérico –sanguíneo a colérico– bilioso, consecuencia, seguramente, de alguna enfermedad que no le abandonó hasta la muerte. Los informes anuales reflejan su progresivo debilitamiento. Por esta razón, es posible que los frecuentes destinos a Valencia hubieran estado motivados por el deseo de procurarle un clima reparador para su salud. Las «alternancias» de que habla el padre Batllori, refiriéndose al cambio de carácter y a los frecuentes destinos, podrían explicarse de esa manera.

A la vista de todo esto, no sería extraño que Gracián se hubiera vuelto una persona irritable y distante, dando lugar a tensiones en la convivencia. Sin embargo, resulta duro hablar de castigo cuando sabemos que hasta entonces Gracián había sido bien tratado por los superiores, los cuales le habían confiado cometidos de máxima responsabilidad. Algo pudo contribuir a crear ese embrollo la campaña jansenista contra la relajación de los jesuitas, que alarmaron al General y a los Provinciales. En aquel momento de vuelta a formas más rígidas de observancia, Gracián, que venía siendo acusado de poco observante, fue el chivo expiatorio sobre el que recayeron las críticas.

Gracián tuvo tiempo para acabar de escribir *El Criticón*, su obra total, pues en ella condensa todo su arte y su inmenso conocimiento. Él mismo la ha calificado de «filosofía cortesana», es decir, de filosofía de la vida o filosofía moral. Desde la atalaya de su aguda experiencia, Gracián presenta el fluir de la vida humana encarnada en dos personajes, Critilo y Andrenio, esto es, el Juicio y la Naturaleza humana. Atraviesan juntos ciudades y países, valles y montañas, entre ellos España, Aragón y los Pirineos. En su recorrido a través de Europa, de camino para Roma, encuentran personajes extraños, desconocidos, y Critilo se encarga de desvelar su verdadero rostro. Entramos en

el mundo a ciegas, le dice, vivimos engañados, pero poseemos la razón con la que podemos irnos desengañando, recobrando la verdad.

Es tan grande la riqueza y la variedad de los asuntos tratados por Gracián en sus obras, que puede satisfacer a muchos gustos a la vez. Unos aprecian su estilo conciso y lacónico, otros su imaginación creadora de brillantes imágenes, así como su ingenio y su erudición. Actualmente se estudia más el lado práctico o moral de su pensamiento, por lo que tiene de válido para nosotros. Es normal, por tanto, que un autor tan polifacético no se deje clasificar en una sola categoría. Ni sólo literato, ni sólo filósofo; Gracián es lo uno y lo otro. La persona, cuanta más variedad alcanza, más perfecta es, escribe en el aforismo 93: «*Hombre universal*. Compuesto de toda perfección, vale por muchos».

El pensamiento de Gracián está enraizado en la circunstancia aragonesa, española y jesuítica. Por eso es una fuente inagotable de información sobre la vida literaria, social, política y religiosa de España, tanto por lo que dice como por lo que calla. Sin renunciar a sus raíces aragonesas –apenas salió durante unos meses de la Corona de Aragón– supo dar a su obra un alcance universal.

Al ser una persona tan aguda, tan penetrante, inevitablemente hubo de sufrir mucho, como sufrió su paisano Francisco Goya en sus últimos años, pero sin llegar a la desesperación de éste. Gracián critica con dureza porque cree que aún era posible sacar a España del pozo en que se hallaba. No hace propuestas sociales, porque no es un reformador ni un utópico, pero sí da esperanza a las personas que mantienen las ganas de superación. Las últimas palabras de *El Criticón* no pueden ser más optimistas: «Lo que allí vieron –los dos peregrinos en el puerto de llegada– lo mucho que lograron, quien quisiera saberlo y experimentarlo, tome el rumbo de la virtud insigne, el valor heroico y llegará a parar al teatro de la fama, al trono de la estimación y al centro de la inmortalidad».